

**DEL NEORRURALISMO A LAS LITERATURAS DE LA RURALIDAD.
DEBATE TERMINOLÓGICO Y PROPUESTA DE CATEGORIZACIÓN
SOBRE UNA TENDENCIA EN AUGE¹**

FROM NEORRURALISM TO LITERATURES OF RURALITY:
TERMINOLOGICAL DEBATE AND LABELING PROPOSAL
OF A RISING TREND

Raúl MOLINA GIL

Universitat de València / Universidad de Alcalá
raul.molina@uv.es

Resumen: El campo literario español contemporáneo ha asistido al auge de una tendencia que ha recibido el nombre de *neorruralismo*. Aunque un estudio en profundidad del fenómeno nos muestra la existencia de un heterogéneo conjunto de obras que manifiestan diferentes concepciones de lo rural, desde la crítica se ha utilizado el referido marbete, cuyo origen se remonta a los estudios sociológicos franceses y estadounidenses de los años sesenta y setenta y que, en España, fue tomado directamente de reseñas y textos de la prensa periodística. Tras un análisis inicial sobre los pormenores del etiquetado como proceso mercantilizador, planteamos la problematización del término, muy restrictivos por motivos textuales y extratextuales, y proponemos el uso de del concepto *literaturas de la ruralidad*, que permite acoger un cada vez más numeroso volumen de textos. Bajo este nuevo abrigo teórico, ofrecemos un intento de categorización de las mismas a partir de varios acercamientos críticos.

Palabras clave: Neorruralismo. Literaturas de la ruralidad. Etiquetado. Terminología. Industria editorial.

Abstract: The contemporary Spanish literary field has witnessed the rise of a narrative trend that has been called *neoruralism*, whose main characteristic is the location of fictions in rural areas. Although an in-depth study of the phenomenon shows us the existence of a heterogeneous set of works that express different conceptions of the rural, critics have used the aforementioned label, whose origin dates back to French and American sociological studies of the sixties and seventies and that was taken directly from the reviews and articles of the journalistic press. In this article, and after an initial analysis of the details of labeling as a commodifying process, we consider the problematization of the term, which is very restrictive for textual and extratextual reasons, and we propose the use of the concept of rural literature, which allows us to embrace each increasingly

¹ Esta investigación ha sido desarrollada gracias a una Subvención para la Contratación de Personal Investigador en Fase Postdoctoral (CIAPOS) de la Generalitat Valenciana (referencia: CIAPOS/2022/069) concedida a través de la Universitat de València y con estancia en la Universidad de Alcalá.

numerous volumes of texts. Finally, we propose a categorization of them based on several critical approaches.

Keywords: Neorruralism. Rural literature. Etiquette. Terminology. Editorial industry.

1. SOBRE LOS PROCESOS DE ETIQUETADO Y MERCANTILIZACIÓN EN LA LITERATURA ESPAÑOLA RECIENTE

En el ámbito literario, la emergencia de nuevas vías creativas suele ligarse a un proceso de etiquetado con diferentes consecuencias. En primer lugar, al englobarse bajo un marbete común, los creadores se insertan en generaciones o grupos, más o menos cohesionados, cuya entidad plural puede facilitar la acumulación de capital simbólico (Bourdieu, 1995), pues la participación en los juegos de fuerza del campo literario pasa a colectivizarse, de forma que las presiones y movimientos de unos miembros afectan también al resto. En segundo lugar, el etiquetado facilita la identificación por parte del público receptor, de forma que la pluralidad divergente de lo literario se simplifica al serle presentada en compartimentos estancos. De esta manera, se produce un movimiento de amplificación, pues el interés por una obra determinada no solo afecta a otras obras de ese mismo autor, sino a una constelación de escritores cuyas creaciones orbitan las mismas preocupaciones. Ambos fenómenos, coherentes con la mecánica mercantil, facilitan la acumulación de capital económico (Bourdieu, 1995) a través de un proceso de reconocimiento propio y ajeno, y, a su vez, propician nuevas creaciones afines que se suman a la corriente literaria. Se produce así, sobre el telón de fondo del mercado, una interrelación entre la literatura y la industria editorial (Adorno y Horkheimer, 1988), que cuenta con los medios de comunicación como principal altavoz, “sustituyendo como ente de homologación a las instancias críticas y académicas, para promover la rentabilidad máxima como único valor” (Rodríguez-Gaona, 2019: 27).

En general, el proceso es casi siempre idéntico: en primer lugar, aparece un libro que se convierte en un fenómeno literario; en segundo lugar, la crítica —periodística y académica— se hace eco y comienza a publicarlo a través de un debate sobre el mismo, creando durante el proceso algunas etiquetas, muchas las cuales caerán en desuso y una, al menos, sobrevivirá; después, esta comenzará a ser de nuevo debatida en un proceso que ayuda a alargar la vida de la corriente; paralelamente, asistimos a la publicación de otros libros temática y/o estilísticamente afines que contribuyen a conformar la constelación de autores y de obras que engrosarán la corriente; finalmente, y como moda, aunque las publicaciones sobre el tema continuarán, serán menores en número y, sobre todo, significativamente menos atendidas por los medios, pues la lógica capitalista del mercado literario requiere de renovaciones permanentes. Cabría destacar que muchas veces el fenómeno guarda relaciones con las problemáticas sociales y políticas del

momento y, también, que tiende a virar hacia el pasado para revisitar, recuperar o reeditar libros y autores ahora considerados referentes.

En fechas recientes, dentro del ámbito literario, un claro ejemplo de este movimiento de mercantilización se dio tras la publicación de *Soldados de Salamina* en 2001, cuyo éxito, ligado al auge de los movimientos sociales de reclamo de memoria histórica, derivó en lo que David Becerra (2015) calificó como moda literaria. Ello facilitó la creación de cauces editoriales y comerciales que abrieron las puertas del campo literario a centenares de ficciones sobre la Guerra Civil, muchas de las cuales abandonaron el compromiso ideológico de rescate de una historia sepultada y utilizaron lo bélico como telón de fondo para ofrecer otro tipo de historias guiadas por mecanismos propios de la literatura más comercial:

Si bien el grueso de ellas comparte, como se verá, una más que loable intención de reivindicar la memoria histórica, y acaso sus autores buscan, en algunos casos, posicionarse al lado de los que salieron derrotados de la contienda, denunciando el olvido y el silencio que se impuso sobre ellos, también es cierto que, mediante su lectura, acudimos a una reconstrucción despolitizada y deshistorizada de la Historia, invitando al lector a mantener una relación complaciente con su pasado. Estas novelas, como el espejo posmoderno de Jameson, hechizan al lector por medio de sugerentes aventuras de pasión y muerte, de vidas heroicas, de ideales y de un futuro todavía por escribir (Becerra Mayor, 2015: 36).

En cierta medida, Antonio Huertas Morales identificó también estas derivas en la novela histórica, al menos desde los años ochenta, a la que calificó como “el Gargantúa que todo lo traga”, pues, convertida en un cajón de sastre donde todo se integra “permite incorporar las líneas y tendencias más celebradas por el público” (2015: 89), insertándose en una dinámica mercantil y desterrando lo histórico al plano del decorado:

Si el epígrafe de “novela histórica” lleva aparejado ya un aval seguro de ventas, por lo presumible de batallas, rasgos épicos y caballerescos, y un soporte que puede servir de elemento cultural, más aún si bajo la mascarada histórica puede desarrollar otros formatos comerciales: la novela de aventuras, la novela policial, la novela biografía o la novela femenina. La novela histórica es un género capaz de contener otros géneros, y por tanto presenta un buen número de posibilidades (2015: 89).

Ambos ejemplos permiten justificar la existencia de fenómenos transversales de etiquetado en el campo literario en el que participan diversos agentes como la industria editorial o la crítica periodística. En este sentido, el problema no radica en el “carácter didáctico e informativo de tales clasificaciones, que sirven de guías para desplazarnos por la confusa maraña de títulos y nombres propios” (Doce, 2005: 298), sino que, más bien, surge cuando tales clasificaciones “se convierten, bien en instrumentos normativos, bien en etiquetas globales que sustituyen al ejercicio de una lectura profunda” (Doce, 2005: 298). En otras palabras, la cuestión es sobre la repetición acrítica de la terminología mercantilizadora sin poner en tela de juicio unos conceptos que, a pesar de tener sentido

comercial —por la identificación producto-lector—, no sostienen un análisis teórico en profundidad, al incurrir en inconcreciones conceptuales y en generalizaciones que acaban por ubicar dentro de un marbete, reconocible por el público y legitimado por la corriente epocal, obras de muy diverso signo y finalidad, como viene sucediendo en el ámbito de la llamada *literatura neorrural*.

2. LA SITUACIÓN DE LAS NARRATIVAS DE LA RURALIDAD EN LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA

Si atendemos a los estudios sociológicos, podemos catalogar las representaciones culturales de la ruralidad en tres movimientos relacionados con la comprensión histórica del campo, como indicara Francisco Entrena-Durán (2012). El primero, tras el final de la Guerra Civil, es calificado por el investigador como “mitificación conservadora”, fundamentado en unos discursos programáticos e ideológicos por parte de la dictadura que “propugnaban un ideal de sociedad rural como paradigma de una armonía y una integración social corporativas más allá de las divisiones entre las clases” (2012: 43) y que tuvo su refuerzo simbólico en la literatura, por ejemplo, gracias a los poetas arraigados o garcilasistas. A partir de los años cincuenta, sobre todo tras la firma de los tratados comerciales y militares con Estados Unidos, la dictadura abogó por una política desarrollista que propició un menosprecio de lo rural y abocó a los habitantes de estas zonas a un casi obligado éxodo². Esta ideología pro-urbana continuó desarrollándose tras la dictadura, en un intento de mostrar un país ya democrático a través de actos y eventos urbanos, como el Mundial de Fútbol, la Expo de Sevilla o los Juegos Olímpicos de Barcelona, que ofrecieron al mundo una imagen moderna, globalizada y cosmopolita. No ha sido hasta fechas recientes en las que se ha producido, para Entrena-Durán, una “revalorización de lo rural” (2012: 49).

Dentro de este marco de revitalización podríamos ubicar el fenómeno de la mal llamada literatura *neorrural* o *neorruralista*, que se ha visto refrendada por la emergencia de un discurso social, actualmente reconocido bajo el marbete de la “Revuelta de la España vaciada”, que se asemeja al reclamo de memoria paralelo al auge de la narrativa de la Guerra Civil³. Como señalan algunos estudiosos del fenómeno (Mora, 2018,

² El cine desarrollista de Paco Martínez Soria es, en este sentido, un ejemplo afín al régimen en el que se materializa al paleta rural en películas como *La ciudad no es para mí*. Frente a ellas, surge otro cine que explicita las duras condiciones de vida de los recién llegados a la ciudad, como sucede en *Surcos* (1951), a pesar de que el guion (de Torrente Ballester y Nieves Conde) no responda a una concepción de izquierdas, sino a “la decepción de muchos falangistas con los magros resultados conseguidos tras diez años de fascismo” (Badal, 2018: 108).

³ Aunque presentada ante el gran público durante las manifestaciones del 31 de marzo de 2019, celebradas en Madrid el movimiento venía gestándose en diferentes provincias de la España rural a través de asociaciones de muy diverso signo, muchas de las cuales conforman el actual movimiento España Vaciada (<https://españavaciada-dhb.org/>). Tras el éxito de *Teruel Existe* en las elecciones generales de noviembre de 2019, *España Vaciada* se conformó como federación de partidos políticos, aglutinando *Soria ¡Ya!*, *Aragón Existe*, *CuencAhorra*, *Teruel Existe*, *Zamora decide* o *Vía burgalesa*, entre otros.

Champeau, 2019 o Gómez Trueba, 2022a), las publicaciones de *Intemperie*, de Jesús Carrasco (2013) y de *La España vacía*, de Sergio del Molino (2016) son los puntos de inflexión determinantes, pues ambos se convierten en catalizadores “de un debate político y social acerca del lamentable estado de abandono y olvido de gran parte del territorio español” (Gómez Trueba, 2022a: 9). Estos guardan relación con algunos antecedentes cercanos en los que Genevieve Champeau veía una continuación con las narrativas de la memoria:

La novela neorrural bien parece retomar el testigo del relato memorístico cuando, a principios del siglo XXI, pierde fuerzas en la narrativa la corriente de la memoria histórica. Cuatro novelas en particular, *El viejo y la tierra* de Francisco Marcos Herrero (1997), *Los descendientes del musgo* (1980, reescrita en 2015) y *Espejos de humo* (2004) de Moisés Pascual Pozas, así como *Intemperie* de Jesús Carrasco (2013) se reapropian las raíces rurales haciendo revivir una cultura extinguida (2019: 18).

Champeau también analiza novelas como *El viejo y la tierra* (Francisco Marcos Herrero, 1997), *Las voces de Candama* (Moisés Pascual Pozas, 2002), *Espejos de humo* (Moisés Pascual Pozas, 2004), *Belfondo* (Jenn Díaz, 2011), *Por si se va la luz* (Lara Moreno, 2013) o *Las efímeras* (Pilar Adón, 2015) y concluye que “constituyen una forma de resistencia al proponer una historia alternativa de los derrotados socioeconómicos, desprovistos de relato propio, a partir del punto de vista y las voces de humildes y humillados, carne de cañón de la emigración y de la modernización del país” (2019: 20).

En sus primeros pasos, esta corriente aboga por la construcción de unas ficciones que reflexionan sobre la realidad material de la ruralidad, a partir de relatos y personajes que atienden al género, a lo económico, a la despoblación, a la *demotanasia* (Burillo Cuadrado y Burillo Mozota, 2021) y, en general, a la recuperación de la memoria rural. Ahora bien, en fechas recientes asistimos a cierta tendencia mercantilizadora que propicia unos productos menos anclados en la realidad histórica del campo, lo cual es solo posible una vez la corriente se asienta y es reconocida por el público gracias a un trabajo de etiquetado y de difusión de la misma. Ello puede reconocerse en numerosas producciones, aunque por su relevancia editorial quisiéramos destacar tres concesiones del Premio Planeta: el de 2016 a Dolores Redondo por *Todo eso te daré*, una suerte de *thriller* en el que Manuel Ortigosa, el protagonista, pretende averiguar la verdad sobre la muerte en un accidente de su marido en la Ribeira Sacra; el de 2019 a Javier Cercas por *Terra Alta*, una novela policíaca cuya historia se ubica en la despoblada comarca catalana homónima; y el de 2023 a Sonsoles Ónega por *Las hijas de la criada*, una obra que narra la historia de los Valdés en un recóndito pazo de la Galicia rural⁴.

⁴ No es casualidad que, además, la novela venda en la contraportada una relación explícita con la reivindicación del papel de la mujer: “Doña Inés, matriarca de la saga y fiel esposa de don Gustavo, deberá sobrevivir al desamor, al dolor del abandono y a las luchas de poder hasta convertir a su verdadera hija en heredera de todo un imperio, en una época en la que a las mujeres no se les permitía ser dueñas de sus vidas” (Ónega, 2023: contraportada). El objetivo de este paratexto promocional que aúna lo rural con el

La clave, aquí, es “si el elemento rural aporta algo necesario, imprescindible, a la propia construcción de la obra o si, por el contrario, la trama de la novela podría transcurrir prácticamente de igual forma en un ambiente urbano” (Moyano Arellano, 2022: 100). Esta reflexión se sostiene en algunas ideas de Vicente Luis Mora, que ya en 2018 hizo notar que lo más abundante es la elección de lo rural como tema o ambientación, dando lugar a lo “urbano ruralizado”: “El hecho de que parte de su acción tenga lugar en entornos aldeanos o pueblerinos no lo convierte en hecho diferencial respecto a la mayoría de las novelas actuales, urbanas o poliurbanas” (2018: 206). Mora observa esta tendencia en obras como *Alabanza*, de Alberto Olmos, en la que “el pueblo no es lo importante [...] Se concentra más bien en otras cosas: la experiencia artística, las dificultades para escribir, la situación de la literatura a principios del siglo XXI [...] La escenificación campestre es una opción, pero no es determinante, no es el *leitmotiv* del libro” (2018: 208).

En la misma línea, para Calvo Carrilla, se ubican novelas como *El niño que robó el caballo de Atila*, de Iván Repila (2013), *Las ventajas de la vida en el campo*, de Pilar Fraile (2018) o *Los asquerosos*, de Santiago Lorenzo (2018), que presentan un conocimiento rural anecdótico de la vida en el campo, apenas evocado a partir de experiencias personales turísticas o de la infancia. Ello da lugar a novelas que “conciben la vuelta al campo como mero pretexto para un ejercicio literario” (2022: 78-79), esto es, ficciones repletas de tópicos sobre la ruralidad que generan en el lector “la sensación de recorrer un imaginario impostado, como en algunos menosprecios de corte y alabanza de aldea” (Mora, 2018: 205).

En este sentido, debemos entender que la emergencia y auge de una corriente literaria lleva aparejadas distintas representaciones simbólicas. Algunas son “fruto de una moda, y no de una perspectiva vital y serena y de un conocimiento del medio” (Mora, 2018: 208), que, en este caso, se fundamentan en una superposición de las preocupaciones urbanas a la realidad del mundo rural; otras, sin embargo, sí profundizan estos los debates sociales e históricos de la ruralidad en un intento de recuperación de la memoria y la cultura de los pueblos en plena demotanasia.

Sobre estas últimas, es sintomático que los libros que mejor hayan sabido retratar las necesidades del mundo rural, quizás por estar menos anclados a las necesidades narrativas de lo ficcional y a los requerimientos mercantiles, sean aquellos que recogen el testimonio directo de sus habitantes, como *Palabras mayores. Un viaje por la memoria rural*, de Paco Gancedo (2015), *Los últimos. Voces de la Laponia española*, de Paco Cerdá (2017), *El viento derruido. La España rural que se desvanece*, de Alejandro López Andrada (2017) o *Quién te cerrará los ojos. Historias de arraigo y soledad en la España rural y Detendrán mi río. Desarraigo y memoria en un rincón de la España sumergida*, de

feminismo permite insertar la novela en los cauces publicitarios de dos de las grandes tendencias sociopolíticas y culturales del presente. Lo hace, y he ahí el problema, no con un objetivo de reflexión crítica sobre los pormenores de la vida en el campo o del papel de la mujer, sino como una mera herramienta promocional que aprovecha la centralidad de ambos relatos.

Virginia Mendoza (2017 y 2021), en cuyas páginas laten las problemáticas más acuciantes, como el éxodo, la despoblación, el cierre de colegios y comercios, la pérdida del conocimiento sobre el campo, etc. Junto a ellos, cabría destacar tres ensayos sobre el papel del campesinado y de los pueblos en el flujo de la historia: *Vidas a la intemperie*, de Marc Badal (2018), *Donde viven los caracoles. De campesinos, paisajes y pueblos*, de Emilio Barco Royo (2021), y *Geografías de la ingravidez*, también de Marc Badal (2024). Ahora bien, sería injusto no señalar algunas ficciones que también orillan estas cuestiones: sucede en *La tierra desnuda*, de Rafael Navarro de Castro (2019), que nos relata la vida de Blas desde su nacimiento a lomos de una burra en los años treinta hasta su muerte, en fechas recientes, a la vuelta de un campo ya abandonado por los jóvenes; en *Invierno*, de Elvira Valgañón (2017), que nos muestra la historia de un pueblo a partir de diversas calas temporales desde 1809 hasta la actualidad; o, incluso, en la superposición de temporalidades de *Te di los ojos y miraste las tinieblas*, de Irene Solá, que permite comparar las notables diferencias entre la vida de las antiguas moradoras de Mas Clavell y sus descendientes⁵.

En cualquier caso, y más allá de sus planteamientos, lo relevantes es que todas estas representaciones forman parte de un heterogéneo movimiento de focalización sobre lo rural, convertido en moda literaria y etiquetado como tal, sobre cuya terminología queremos aquí reflexionar, pues consideramos de vital importancia referirlo con los conceptos adecuados a sus plurales materializaciones.

3. EL NEORRURALISMO: UN TÉRMINO SOCIOLÓGICO

En el ámbito de los estudios demográficos, en 1976 Brian Berry propuso el concepto de *counterurbanization* —contraurbanización o desurbanización en español— para definir el proceso según el cual la población se desplaza desde las áreas urbanas a otras no metropolitanas, exteriores a los anillos suburbanos de la misma, movida por “la novedad, el deseo de estar cerca de la naturaleza, el espíritu de frontera, la libertad de movimientos y el deseo de mantener la individualidad en pequeños grupos homogéneos” (Berry en Arroyo Huguet, 2001). Es interesante destacar que este éxodo brota de una mirada urbanocéntrica, esto es, se trata de un proceso a la *contra* (Arroyo Huguet, 2001), no tan ruralizador como antiurbano, como indicaran Vining y Strauss (1977), que “ha favorecido el paso desde una organización territorial en términos de estructura jerárquica a un sistema urbano basado en nuevas áreas funcionales incorporadas al proceso productivo” (Arroyo, 2001). En otras palabras, el habitar rural de estos nuevos moradores no es más que la continuación de la vida urbana, en cierta medida ajena a los condicionantes culturales e identitarios del campo. Ello tiene unas notables e incluso

⁵ Otras obras de factura reciente que no utilizan el pueblo como decorado, sino para reflexionar sobre sus propios condicionantes son *Un cambio de verdad* (Gabi Martínez, 2020), *Pequeñas mujeres rojas* (Marta Sanz, 2020), *Facendera* (Óscar García Sierra, 2022), *La nostalgia de la mujer anfibio* (Cristina Sánchez Andrade, 2022), *Lo demás es aire* (Juan Gómez Bárcena, 2022) o *Fidela* (Elvira Valgañón, 2023), entre muchas otras

positivas consecuencias, al evitar la despoblación, pero, a su vez, implica un solapamiento de los modos de vida originarios: “Una nueva forma de estar en lo rural. Una mala copia de la vida en la ciudad”, concluía Marc Badal al hablar de esos “*Flâneurs* sin talento que han elegido mal el escenario de su deriva” (2018: 24).

Paralelamente, en Europa, algunos movimientos contraculturales derivados de las revueltas de finales de los años sesenta contemplaron el mundo rural como una vía de escape, cuya materialización dio lugar al fenómeno *neorrural*, de origen francés —al menos en lo teórico—. Así lo manifiestan investigadores como Frédéric García (1977) o Chevalier (1981), quien lo define como el fenómeno de instalación en el campo de un colectivo mayoritariamente joven y procedente de zonas urbanas que realiza en el campo cualquier tipo de actividad. Para García (1977) la definición es más restrictiva: “son neorrurales todos los individuos, sin discriminación de sexo o de edad, viviendo en pareja, solos o en comunidad, que por una decisión voluntaria han abandonado su medio social, profesional y residencial para ejercer, de forma exclusiva o no, actividades agropastoriles o artesanales en zonas rurales” (1977: 103). Con ánimo de diferenciar, Barnley y Paillet (1978) hablaron de *neocampesinos* o de *neoartesanos* para definir a quienes realizaban estas actividades y de *neorrurales* para definir al conjunto de población migrada hacia el campo.

Hay, sin embargo, algunas cuestiones que bien merecen una primera reflexión, pues el traslado a lo rural nace también es aquí un movimiento de negación: más contra-urbano que pro-rural. Como expresaron Hervieu y Leger, este flujo migratorio estuvo protagonizado por una gran mayoría de jóvenes que, contrarios a las ideas de progreso capitalista, optaban por instalarse en pequeños núcleos de población, por lo que no se habla tanto de un retorno o una vuelta —ya que la mayoría de ellos nunca había habitado el mundo rural— sino de una marcha, muchas veces cargada de tintes utopistas e idealistas: “Ante la crisis, el paro, la contaminación, la burocratización generalizada de la vida social, los inmigrantes de la utopía recurren a la tierra, a la naturaleza, a un mundo rural magnificado por su imaginación, símbolo de armonía, de solidaridad, de comunidad” (Hervieu y Léger, 1979: 9).

No debemos olvidar, sin embargo, que lo neorrural también es consecuencia de la despoblación del campo, y ello, al cabo, es un hecho causado desde lo urbano —*demotanasia*—, como demuestra Mario Gaviria Labarta en una de las primeras investigaciones que utilizan el término en España (1977). El autor relaciona con detalle la merma en la calidad de vida y el deterioro alimentario con la expulsión de la población rural y la absoluta descapitalización del campo, cuyos habitantes son obligados a marchar a las zonas industriales de las ciudades para trabajar como mano de obra, “proletarizando a los antiguos agricultores” (1977: 650). Este vaciado del campo, ligado a la capitalización de la urbe, deja espacio libre a los neorruralistas, que vienen a sustituir a los moradores originales.

En esta línea, María José Morillo y Juan Carlos de Pablos diferencian al menos dos materializaciones de lo neorrural. Por una parte, los “neorrurales pragmáticos”, cuya

ruptura con la urbe está localizada en el tiempo y vinculada, habitualmente, a la pérdida de empleo o a problemas familiares: “Observan en el entorno rural una oportunidad para desarrollar un nuevo proyecto de vida, de más contacto con la naturaleza, mayor tranquilidad, que sus hijos puedan subir a los árboles, conocer los animales de manera diferente, consumir productos naturales, respirar aire puro o jugar en la calle con libertad” (2016: 100-101). Por otra, los “neorrurales utópicos”, que “tienen unos principios más radicales, una visión no solo mucho más arraigada, sino más crítica con la sociedad en general y procuran con su huida una ruptura de mayor alcance [...] tienen conciencia de ser pioneros y presumen de ello” (2016: 101). La diferencia se encuentra, al cabo, en una cuestión entre el estilo de vida —pragmáticos— y los principios ideológicos —utópicos—, aunque ello no evade, en ninguno de los dos casos, cierto poso de “ideal de vida sencilla” (2016: 101), fundamentado en una “alabanza de aldea” guevariana, cuya imposibilidad de asunción está vinculada a un “atravesamiento de la fantasía” lacaniano.

Es curioso que, en este sentido, sea el Žižek que reflexionó sobre los atentados del 11 de septiembre en Nueva York —imagen prototípica de lo urbano— el que nos permita comprender este detalle: si el 11S esa aparición fantasmática tantas veces ficcionalizada entró en nuestra realidad rompiéndola en pedazos, ahora, con el éxodo hacia lo rural, lo que sucede es que el sujeto penetra desde la fantasía autogenerada —idealista en tanto se fundamenta en una visión del campo marcada por lo ficcional-ideológico— hacia la realidad material de lo rural —que dista enormemente de lo figurado—, lo que deriva en un choque directo con lo real. Si en Žižek se cumplía lo profetizado por las representaciones ficcionales, en lo neorrural se quiebran los mundos ficcionales idealistas que habían construido la visión del sujeto con respecto a lo real —su ideología, si se quiere, en términos althusserianos—. “¿Dónde he visto yo eso una y otra vez?”, se cuestiona Žižek (2002: 19); ¿Dónde no he visto yo esto?, acabarán por cuestionarse muchos de los neorruralistas: “Siempre se imagina uno idílico las cosas, pero la realidad no es tan fácil”, dice una habitante neorrural de las Alpujarras después de veinte años regentando un negocio de hostelería (Morillo y Pablos, 2016: 102).

En la literatura española reciente, este choque de realidades es el que muestran obras como *Las ventajas de la vida en el campo*, de Pilar Fraile, que nos narra la historia del traslado al mundo rural de Alicia, Andrés y su hija Miranda, en busca de una vida idílica en un entorno tranquilo y relajado, cuya construcción ficcional es en ocasiones explicitada: “Era un paisaje agradable, Alicia se esforzó por centrarse en el resplandor blanco que se atisbaba en las cumbres y en respirar despacio, intentaba sentirse agradecida y privilegiada por tener delante de sus ojos ese panorama. Tenía el recuerdo vaho de haber visto una imagen así, en alguna película” (Fraile, 2018: 80). Esta búsqueda de paz pronto se derrumba ante las aparentes amenazas veladas de su vecino, que provocan en ella una profunda desazón que transita toda la novela: “El hecho de no poder disfrutar de este momento, de su taza de café junto a la ventana, le provocó una ola de frustración. ¿No se suponía que justamente para eso se habían ido a vivir al campo, para disfrutar de una taza de café mirando las montañas, para que la niña pudiera jugar en el jardín y tuviera

experiencias de la naturaleza?” (Fraile, 2018: 81). Alicia y Andrés construyen una valla para separar su casa y la del vecino, a la vez que ella comienza a mantener relaciones con Larra, el acaudalado médico amigo de la familia a quien conocen jugando al tenis. En este sentido, la obra de Fraile no solo muestra la ruptura de una fantasía autocreada a partir del consumo de ficciones rurales poco realistas —como si ambos fueran un trasunto de *Madame Bovary* o del propio *Don Quijote*—, sino que también plasma la imposibilidad de comunicación entre los neorrurales y los vecinos, pues la única amistad generada por ambos durante su vida en el campo es con el menos rural de todos los habitantes del pueblo y el más parejo a ellos en cuanto a clase social y cultural. Todo ello deriva en una profunda crisis de pareja, reforzada por la falta de trabajo de Alicia, sobre la que transita la novela, en paralelo a un retrato negativo del mundo rural y ajeno a sus problemáticas sociales y materiales.

En cuanto a lo neorrural, cabe destacar otro detalle sobre el que reflexiona Nogué i Font: esta migración, además de tener un gran contenido ideológico —utopista, podríamos decir a tenor de lo visto—, se produce después de una decisión voluntaria, al contrario que el forzado éxodo rural —el narrado, por ejemplo, en *Surcos*—, provocado por los propios mecanismos del capitalismo industrial (1988: 146). Este movimiento poblacional hacia los núcleos rurales “se sitúa fuera de la lógica del sistema” como “alternativa a los movimientos políticos y sociales tradicionales” (1988: 146). Esto es, “no se desea alcanzar una productividad cada vez mayor, sino una forma de trabajar más placentera y humana” (1988: 146). En otras palabras, como le sucede a la protagonista de *Las ventajas de la vida en el campo*, la marcha no es consecuencia de una necesidad, sino más bien una suerte de lujo burgués —si se quiere—, accesible tan solo a quienes pueden costeárselo, al igual que le sucedía a Helena e Iván, protagonistas de *Suro*, dos arquitectos idealistas que perseguían el sueño de reconstruir una antigua finca de alcornoques para vivir de la propia naturaleza. No es casual que este tipo de ficciones —como también sucedía en *Un amor* o en *As bestas*— hagan de la violencia el centro de la narración, a partir de la cual se producen toda una serie de modificaciones personales e identitarias, pues lo rural es el otro desconocido y, como tal, en él son posibles las mayores dualidades: la visión más utópica e idealista y, también, la más violenta. Ambas, al cabo, constructos de una fantasía autogenerada.

En definitiva, la cosmovisión neorrural es utilizada en numerosas ficciones para mostrar un choque cultural e ideológico que contribuye al sostenimiento de la dualidad jerárquica binaria urbano/rural, pues la palabra es siempre propiedad del recién llegado, quien construye, con ella, una visión urbana de la existencia. Sin embargo, este es solo un desarrollo en los centenares de visiones sobre lo rural que han salpicado el campo literario reciente, por lo que se antoja necesaria una reflexión sobre el uso del término.

4. SOBRE LA APLICABILIDAD DEL TÉRMINO *NEORRURAL* A LAS FICCIONES LITERARIAS

4.1. La etiqueta *neorrural*: de la crítica periodística a la académica

El término *neorrural* accede desde la sociología académica a la prensa periodística en torno a 2013, esto es, el año de publicación de *Intemperie*, *Por si se va la luz* y *El bosque es grande y profundo*. *La vanguardia* hace uso de él en dos artículos muy cercanos en el tiempo: “El neorruralismo, un fenómeno revitalizador en los pueblos” (Sancho, 2013) y “Confesiones de los neorrurales” (Sáez, 2013). Ambos ponen el foco en una novedosa oleada de recién llegados que desembarcan en el pueblo para montar negocios vinculados a la vida rural, muchas veces relacionados con una ideología ecologista y anticonsumista. En sus palabras, sin embargo, no deja de apreciarse de nuevo un urbanocentrismo no abandonado. Un claro caso es el de Can Flor, una vieja casa rural de Santa Maria de Martorelles, en el Vallès Oriental, convertida en la primera vivienda de una serie de personas de alto nivel socio-cultural que hacen de ella una vía de escape del mundanal ruido de la urbe —como aquellos utopistas franceses de los sesenta y setenta—. Rubén Suriñach, uno de sus residentes, indica que la casa “Es una Torre de Babel y es el reflejo del barrio que nos encontramos en el caso antiguo de Barcelona” (Sancho, 2013). Si cabe más llamativo es el cierre de la noticia, con las palabras de Sánchez-Oro, profesor de sociología de la Universidad de Extremadura: “cuando siempre hemos pensado que el mundo rural era un mundo de paletos y sin estudios, es un aspecto muy valorado que viva gente con formación ya que da un refuerzo de identidad a los pueblos” (Sancho, 2013).

Pronto, el término es aplicado a la literatura en artículos como “La literatura vuelve al campo”, publicado por Álvaro Colomer el 19 de agosto de 2014, también en *La Vanguardia* (Colomer, 2014). Álvaro Colomer identifica el “renacimiento de un género muy cultivado durante el franquismo tardío, pero absolutamente abandonado por quienes tomaron el relevo de aquella etapa narrativa: la novela rural” (Colomer, 2014). Él las engloba bajo el marbete *neorruralismo* y las entiende como un reverso de las novelas apocalípticas, también muy habituales en esos años, puesto que lanzan “el mensaje de que la solución a la crisis de valores de nuestra sociedad se encuentra en una vuelta a los orígenes, en una huida de las grandes ciudades, en un intento de recuperación del Paraíso Perdido” (2014). En su análisis, incluye obras como *Intemperie*, de Jesús Carrasco —“padre involuntario de la tendencia”⁶—, *Lobisón*, de Ginés Sánchez, *El niño que robó*

⁶ En otro artículo sobre el fenómeno, Jaime Cedillo habla en los siguientes términos de Jesús Carrasco, convirtiéndolo en referente de otros autores, muchos de ellos ya citados: “En 2013, la novela *Intemperie* asombró a la crítica y a la comunidad lectora por su atrevimiento narrativo y por una temática casi obsoleta en los últimos años. Jesús Carrasco volvía a colocar al pueblo y al campo en la palestra literaria, convirtiéndose en el padre de una nueva generación que ha regresado a lo rural con una mirada crítica y una perspectiva existencialista. Cada uno de los autores que se ha acercado a esta realidad lo ha hecho con su propia fórmula, aunque todos comparten un interés sobre el vínculo emocional del hombre con la tierra. Ginés Sánchez, Lara Moreno, Jenn Díaz, Mireya Hernández, Iván Repila, Manuel Darriba y Sergio del

el caballo de Atila, de Iván Repila y *El bosque es grande y profundo*, de Manuel Darriba. Poco después, el 28 de octubre de 2014, Benjamín Prado escribe sobre quienes se animan a dejar los grandes núcleos urbanos para refugiarse en la naturaleza, estableciendo una relación entre este movimiento migratorio y un tipo de literatura que también denomina neorrural, como la escrita, nos dice, por Jesús Carrasco y Lara Moreno y que ancla sus raíces en Miguel Delibes, Claudio Rodríguez, Julio Llamazares o Manuel Rivas. A partir de entonces, han sido muy numerosas las noticias, entrevistas y artículos que han hecho un uso periodístico del marbete, creando consciente o inconscientemente una etiqueta identificadora con un gran poder publicitario. En fechas más recientes, y tras el éxito de *As bestas* y de *Alcarrás*, el uso de esta terminología también ha copado textos periodísticos sobre cine como “Romantización y pesimismo: la ola del cine ‘neorrural’ en España” (Cano, 2023)⁷.

Al tratar de comprender los pormenores del fenómeno, la crítica académica tomó directamente el término de lo periodístico para hacer referencia al conjunto de novelas de temática rural, no sin ciertas reservas. De hecho, Rosa María Díez Cobo habla de *Intemperie* y *Por si se va la luz* como “dos obras encuadrables en el movimiento recientemente denominado, aunque de forma controvertida, como neorrural” (2017: 14). Asimismo, Vicente Luis Mora, en otro temprano artículo, indica que desde 2013 hasta la actualidad, pero especialmente entre los años 2014 y 2016, hemos visto “cómo crecía en España una extraña etiqueta en el mundo de la literatura española, la de *neorrural* o *neorruralismo*, utilizada indistintamente por escritores, editoriales y periodistas culturales” (2018: 201). Además, Mora señala que “el marchamo tiene claros elementos mediáticos y comerciales” (2018: 201), como indican el elevado número de obras y artículos periodísticos citados en dicho artículo. Poco después, Teresa Gómez Trueba (2020) utilizó en una investigación que analizaba las representaciones de la ruralidad en las obras de algunos escritores castellanoleoneses: *El merodeador*, de Vicente Muñoz Álvarez (2007), *Alabanza*, de Alberto Olmos (2014), *Las ventajas de la vida en el campo*, de Pilar Fraile (2018) y *Los asquerosos*, de Santiago Lorenzo (2018). El término también ha sido aplicado a lo literario por Rufino Acosta Naranjo (2022) en un texto que relaciona literatura y demografía y por Rosa Berbel (2022) en un artículo sobre la relación entre ecologismo y neorruralismo. Aunque, sin duda, un punto clave en el desarrollo de este concepto es la publicación, bajo la coordinación de Teresa Gómez Trueba, del libro *La alargada sombra de Delibes sobre la España vacía: de la novela rural al neorruralismo* (Gómez Trueba, 2022b), cuyas colaboraciones actúan en dos direcciones: primero, ubican la “novela rural” de Delibes como antecedente e intertexto clave para comprender el

Molino son, junto a Carrasco, los autores más representativos de esta nueva corriente” (Cedillo, 2016). Tengamos en cuenta que este artículo ve la luz tras el boom de *La España Vacía*, que pone nombre al fenómeno y lo aúpa a las primeras planas del discurso público y político del momento.

⁷ En los párrafos anteriores hemos querido dar cuenta de una pequeña selección de artículos de prensa que entre 2013 y 2023 han focalizado en el fenómeno neorrural desde la sociología o desde la literatura. El número total es muy superior, como demuestra un rápido rastreo en los navegadores o en los buscadores de los diarios nacionales y autonómicos.

fenómeno; segundo, realizan calas en diferentes obras y autores contemporáneos que permiten constatar la existencia de una corriente a la que desde el título se denomina neorruralismo (Santiago Lorenzo, Cristina Sánchez Andrade, Oliver Laxe, Olga Merino o Sara Mesa, entre otras).

4.2. El término *neorrural* a debate: problematización y propuesta alternativa

A pesar de las reticencias iniciales, el término ha seguido aplicándose hasta la actualidad, lo que ha dado lugar a una serie de inconcreciones que es necesario detallar. En primer lugar, la utilización del prefijo *neo* aplicado a un término cualquiera implica la renovación de dicho término según unas nuevas coordenadas. Así pues, si aceptamos la existencia de una corriente o tendencia *neorrural* en la literatura española, deberemos asumir la existencia previa de una corriente *rural*. No podemos obviar que las representaciones de lo rural en la historia de la literatura española han sido bastante habituales desde el Renacimiento garcilasista y hasta las más recientes obras de Miguel Delibes, Julio Llamazares, Fermín Herrero, Adelaida García Morales o Avelino Hernández, entre otros muchos y muchas, pasando por Cervantes —al cabo, la imagen más famosa de nuestras letras es la de Don Quijote y Sancho Panza atravesando la despoblada meseta castellana—, Fray Luis, Rosalía de Castro, Pardo Bazán, Galdós, Lorca, etc. Sin embargo, y a pesar de una continuidad en las letras españolas, no existe como tal una corriente rural de límites definidos a partir de la cual construir y constituir una renovada tendencia neorrural o neorruralista.

En segundo lugar, si atendemos al análisis sociológico anterior, el término *neorrural* solo es aplicable a quienes marchan desde la ciudad al campo sin haber habitado con anterioridad este último o después de haber pasado buena parte de su vida lejos de él, movidos por razones forzadas o voluntarias. En este caso concreto, el rótulo plantea, al menos, dos problemas.

Primero, si lo entendemos desde una óptica extratextual, es decir, en tanto el término refiere a las condiciones materiales del autor o autora de la obra, obviaríamos aquel discurso de la ruralidad que es gestado desde la propia ruralidad: María Sánchez, Avelino Hernández, Alejandro López Andrada, etc. De hecho, este no tener en cuenta terminológicamente al narrador o poeta que toma la palabra desde la zona rural es en sí mismo sintomático de una superposición ideológica urbanocéntrica. Ello nos llevaría a manifestar una extraña identificación entre literatura *neorrural* —esto es, de temática rural y escrita por escritores recién llegados de lo urbano, física o simbólicamente— y narradores *rurales* —esto es, habitantes de dichas zonas que, incluso, pueden ficcionalizar o no sobre lo rural— muy poco útil y para nada precisa, al atender en exclusiva al lugar desde el que se toma la palabra y dejar de lado, con ello, al propio texto, obviando que este puede ofrecer imágenes críticas o reaccionarias, idílicas o violentas, macabras o placenteras, violentas o pacíficas de lo rural con independencia del origen del escritor o, incluso, y a las bravas, de su empadronamiento.

Segundo, si lo aplicamos intratextualmente, el término solo nos permitiría referir aquellas narraciones que relatan acciones vinculadas al traslado físico o simbólico desde lo urbano a lo rural de los personajes de la obra. Tendrían cabida, en este sentido, novelas ya referidas como *Un amor* o *Las ventajas de la vida en el campo*, así como *Los asquerosos*, *Por si se va la luz* o *Un hipster en la España vacía* o películas como *Suro*. Sin embargo, no entrarían dentro del término la inmensa mayoría de ficciones que nos hablan de quienes permanecieron en lo rural, como las ya clásica de Delibes, Llamazares o Adelaida García Morales o como otras actuales: entre las de Jesús Carrasco, por ejemplo, este choque con la realidad del campo solo se produce en *Llévame a casa*, por otra parte mucho más centrada en la problemática familiar de la enfermedad que en las reflexiones sobre la ruralidad y cuyo protagonista más que un recién llegado es un emigrante que vuelve a su pueblo natal tras pasar poco tiempo trabajando en Edimburgo —lo que nos traslada, de hecho, al ámbito de la narrativa de la crisis, centra en la necesaria emigración de la juventud por la falta de oportunidades en el territorio natal—. Tampoco se da en las obras de Irene Solá ni en otras anteriormente referidas, como *La tierra desnuda*, de Rafael Navarro de Castro, o *Invierno*, de Elvira Valgañón, que en ningún caso nos hablan de recién llegados, sino de la historia de quienes persistieron, al igual que sucede en películas como *Alcarràs*. En este sentido intratextual, por tanto, lo *neorrural* no pasaría de ser una línea temática más entre las decenas de posibilidades que nos brindan las narrativas actuales sobre la ruralidad: aquella en la que se plantean las problemáticas de un personaje que desembarca por vez primera en el mundo rural —idealización, atravesamiento de la fantasía, deseo insatisfecho, choque con la realidad, etc.—.

Una vez analizados los problemas del marbete *literatura neorrural*, es momento de plantear una terminología más amplia, pues solo abriendo la acepción podemos solventar los problemas conceptuales antes aludidos. En este sentido, proponemos el sintagma *literatura de la ruralidad* para hacer referencia al conjunto de obras cuyos personajes, espacios y relatos tienen lugar en ámbitos geográficos rurales. De esta forma, el concepto *literaturas de la ruralidad*, al igual que el de *literaturas de la memoria* o el de *literatura histórica*, antes aludidos, refiere una corriente plural y heterogénea, dentro de la cual tienen cabida diferentes géneros —novelas, ensayos, poemarios, obras teatrales, libros de viajes, textos testimoniales, entre otros—, diferentes tratamientos ideológicos de la ruralidad —problematización de las condiciones históricas y materiales del mundo rural, la utilización de la ruralidad y el campo como telón de fondo, la aplicación de problemáticas urbanas a lo rural, etc.—, diferentes subgéneros —policíaco, *thriller*, western, realismo mágico, lo fantástico, el realismo, el terror, etc.— y, por consiguiente, diferentes temáticas —lo neorrural en tanto novela de recién llegados, lo distópico, la recuperación de la memoria histórica, las cuestiones sobre los roles de género en la ruralidad, etc.—.

4.3. Categorización de las *literaturas de la ruralidad* a partir de las propuestas críticas (todavía parciales)

Una vez propuesta esta nueva conceptualización más amplia, convendría plantearse la definición más precisa de estas concreciones de las literaturas de la ruralidad en futuros acercamientos. Antes de realizar este trabajo, que nos llevaría mucho más espacio del que aquí disponemos, sí es interesante asentar unas bases previas que nos ayuden a pensarlo a partir de las diversas taxonomías ya planteadas. Sirvan, por tanto, las siguientes páginas como guía a través las sendas de lo porvenir.

En este sentido, Champeau identificó los siguientes subtipos. Primero, la novela de la ruralidad como continuadora de la novela de la memoria —*El viejo y la tierra*, *Espejos de humo*, *Los descendientes del musgo* e *Intemperie*— en las se persigue “revivir una cultura extinguida” construyendo “una memoria etnográfica y lingüística” (2019: 18) y cuyas historias se establecen como una forma de resistencia al proponer una historia alternativa de los derrotados socioeconómicos (2019: 20). Segundo, la ruralidad como espacio metafórico, que comparten una imprecisión espaciotemporal, que parece remitir a la España árida, sin más precisión que el uso de topónimos —cuando los hay— inventados (2019: 21) y que favorece que el campo se convierta, por efecto de desplazamiento, en el escenario de una reflexión sobre el lugar del individuo en el mundo occidental neoliberal (2019: 21). Tal es el caso de *Las efímeras* o de *El bosque es grande y profundo*. Tercero, las novelas que plantean imaginarios apocalípticos en el marco de la ruralidad, como vuelve a suceder en *Intemperie* o en *Alabanza* y, también, en *El bosque es grande y profundo*. Cuarto, la representación de un “humanismo esencialista” donde “el campo funciona poéticamente como un microcosmos que remite a una realidad más general, a la vez que permite una condensación dramática” (2019: 27), como observamos en *Es un decir* o *Belfondo*. Finalmente, las novelas rurales que plantean visiones distópicas y retro-utópicas: *La tierra que pisamos*, de Jesús Carrasco, o *Cenital*, de Emilio Bueso, podrían funcionar como ejemplos⁸.

Otro intento de categorización es el de José Luis Calvo Carilla, que se centra en el concepto “novela idilio” (2022) para referir ficciones sobre el retorno al campo a partir de “un acercamiento más o menos idílico y nostálgico de lo pastoral, con ingredientes comunes como la huida de la ciudad y el descubrimiento de la aldea; el intento de inmersión en la vida campesina; el sentimiento de pérdida de un mundo rural que se desvanece, etc.” (2022: 70). Dentro de esta vertiente, identifica cuatro subtipos. El primero es el de la “dimensión neorregeneracionista” (2022: 71-74), en el que se incluyen novelas “animadas por un propósito moral, regeneracionista y testimonial” en las que “sus personajes han heredado una imagen idealizada y nostálgica del pasado campesino y contemplan con mirada crítica su deterioro presente y si inminente desaparición” (2022: 74), como sucede en *Belfondo*, *La estación perdida*, *Jauja*, *Los comedores de tierra*, *Los*

⁸ Como se aprecia, la ordenación de Champeau no presenta compartimentos estancos, sino que se producen trasvases entre las distintas concreciones.

Cain o *La tierra desnuda*. El segundo es el del “neorruralismo como espacio de reflexión y autoconocimiento” (2022: 74-75), en el que incluye *Por si se va la luz*, en tanto “plantea un retorno a la naturaleza como una respuesta existencialista generacional” que, a su vez, implica que “el tiempo de desautomatización urbanita y de reflexión que propicia el pueblo es solo el estado preparatorio para la toma de decisiones sobre un futuro personal incierto” (2022: 75). El tercero es el de “la novela idilio como ejercicio literario” (2022: 76-78), conformado por obras que presentan un conocimiento anecdótico de lo rural y que conciben la vuelta al campo como mero pretexto para un ejercicio literario” (2022: 78-79): *Alabanza*, *El niño que robó el caballo de Atila*, *Las ventajas de la vida en el campo*, *Los asquerosos* o *Beefeater*. Finalmente, y como también había detectado Champeau, define Calvo Carrilla el subtipo del “neorruralismo como distopía” (2022: 78-79), en el que tienen cabida relatos apocalípticos ambientados en ignotas tierras y paisajes inhóspitos y agresivos dominados por la violencia, la miseria y la muerte: *Intemperie* sería el caso paradigmático.

Por su parte, Vicente Luis Mora apunta desde el inicio a una corriente neorrural escasamente definida cuya proliferación vincula con un factor comercial, a medias localista y a medias global —*glocal*, indica— en el que aprecia un notable salto entre algunos narradores anteriores —como Julio Llamazares, Luis Mateo Díez, Miguel Delibes, etc.—, en cuyas obras se apreciaba un notable conocimiento de la vida en el campo, y una nueva generación —nacida tras el boom de *Intemperie*—, mucho más urbanita y que habitualmente escribe sobre el traslado de la ciudad al campo —véanse ejemplos antes referidos—. Para Mora, la novela rural nace en un contexto presentista— “cargadas de loas a la lentitud que, en realidad, son escritas a toda velocidad en entornos urbanos por escritores llenos de asfalto en las venas” (2018: 216)— y, en su mayoría, podrían encuadrarse en lo que William Marx denominó *arriére-garde* (2004), muy relacionado con las retrotopías de Bauman (2017). Asimismo, Mora incluye un análisis de textos poéticos de temática rural.

En última instancia, la investigación de Rosa Berbel (2022) nos permite establecer una vinculación entre el ecologismo y las literaturas de la ruralidad. Tras las ideas de Javier Rodríguez Marcos, la autora apunta a que el reto de estas escrituras debe ser el de “retratar un universo amenazado sin bucolismo ni tremendismo, incorporando creativamente las preocupaciones políticas actuales mediante la convergencia de la memoria personal, la crítica al capitalismo y la reivindicación feminista” (Berbel, 2022: 300), como hiciera María Sánchez en *Cuaderno de campo*. Otra vía de acercamiento es el de la “poética del desastre”, siguiendo la terminología de Bonvalot (2019), en cuyos límites se enmarcarían obras como *Intemperie*, *Por si se va la luz* o *Un amor*, que revelan “atmósferas opresivas y causantes de la escisión entre los personajes y su entorno” (2022: 301). Finalmente, señala hacia la utilización de herramientas ecoficciones, que manifiestan “el propósito de atender a nuestro presente y a las posibilidades de nuestro futuro, partiendo de un imaginario ecológico que, dentro del entramado ficcional, condiciona la construcción de personajes y de mundos impulsando la reformulación del

vínculo entre los seres humanos y el resto de formas de vida no humanas” (2022: 303). Tal es el caso de la desautomatización de los narradores a partir de prosopopeyas en *Canto yo y la montaña baila*, de Irene Solà, donde las nubes, las piedras, la lluvia o, incluso, una seta, se convierten en relatores de la historia. O, también, en *Cultivos*, de Julián Rodríguez, que se sostiene no en la proyección de unas coordenadas sentimentales, sino en la asimilación personal y biográfica de los códigos del campo (2022: 306).

Esta heterogeneidad temática, genérica e ideológica, que deberá ser reorganizada en acercamientos posteriores para ofrecer una categorización mucho más precisa del fenómeno, justifica el uso de un término más amplio y acogedor, como el de *literaturas de la ruralidad* dentro del cual tenga cabida la pluralidad presente. Para ello, deberemos hacer uso de estas categorías ya marcadas por las investigaciones pioneras sobre la corriente y tratar de articularlas en una propuesta de mayor calado que ofrezca una taxonomización a partir de la cual poder leer con detenimiento el mapa de la corriente.

5. CONCLUSIONES

El presente análisis nos permite afirmar la existencia de una corriente literaria instituida como moda editorial, al menos desde la aparición de *Intemperie* en 2013 y de *La España vacía* en 2016, sin que ello desmerezca el valor de algunas novelas previas que fueron abriendo camino a estas ficciones. Esta tendencia, a su vez, ha caminado en paralelo a unos movimientos sociales y políticos que han puesto el foco en la recuperación del mundo rural, afectado por lo que se ha bautizado desde los estudios sociológicos y geográficos como *demotanasia*.

Este conjunto de factores ha permitido la conformación de lo rural como moda literaria, cuya emergencia ha activado unas herramientas comercializadoras que han utilizado el etiquetado acrítico de la corriente como un mecanismo de publicitación y de identificación entre los creadores y el público. En este sentido, se certifica el uso del término *literatura neorrural* para hacer referencia a estas novelas de factura reciente que han ubicado sus acciones en marcos geográficos directa o fácilmente identificables con la España vaciada, ofreciendo una serie de ficciones de muy diverso signo, algunas de las cuales han atendido a las problemáticas crecientes de la ruralidad —despoblación, éxodos, pérdida de la memoria campesina, etc.—, mientras que otras han utilizado dicho marco como telón de fondo para otro tipo de historias que poco o nada tienen que ver con lo rural. Esto último, decíamos, nace de un carácter urbanocéntrico de la escritura, del que escapan algunas novelas, ensayos y libros testimoniales, pero sobre la que se sostienen otros muchos acercamientos.

Sin embargo, la ubicación de todas ellas dentro del rótulo *literatura neorrural* implica un error conceptual, pues dicho término refiere solo una visión concreta de la ruralidad —la del recién llegado, como indican los estudios sociológicos desde los años 60— y parece implicar la existencia de una anterior *literatura rural* nunca constituida como corriente, a pesar de los ejemplos que han salpicado la historia literaria en las últimas

décadas. Es por ello que en estas páginas hemos propuesto el uso del término *literaturas de la ruralidad* que, como se ha demostrado, permite, primero, dar cabida a un mayor número de representaciones de diversos géneros literarios; segundo, atender a ficciones que navegan más allá de la representación de los nuevos habitantes del mundo rural; y, tercero, facilita la labor de comparatismo entre las narrativas actuales y las desarrolladas en décadas anteriores o, incluso, entre la tradición española y las de otras zonas, no solo de habla hispana, sino también en otras lenguas.

Estas disquisiciones deben venir acompañadas de investigaciones que atiendan a las diferentes concreciones genéricas, temáticas e ideológicas de estas obras, una muestra de las cuales ha sido ofrecida en páginas anteriores, como ejemplo de modos de articulación de la pluralidad actual. La ampliación terminológica nos faculta a asumir estas categorizaciones en el futuro con el objetivo de presentar una fotografía panorámica del presente literario que nos permita leer el mapa de las *literaturas de la ruralidad* en la España actual y de sus relaciones con otras tradiciones.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ACOSTA NARANJO, R. (2022): “Declive demográfico y representaciones del mundo rural. Aproximación desde la antropología a partir de la narrativa del siglo XXI”. *Mediterráneo económico* 35, 89-104. Disponible en línea: <https://idus.us.es/bitstream/handle/11441/131282/me-35-declive-demografico-y-representaciones-del-mundo-rural.pdf?sequence=1&isAllowed=y> [30/11/2023].
- ADORNO, T. Y HORKHERIMER, M. (1988). *Dialéctica del iluminismo*. Buenos Aires: Sudamericana.
- ARROYO HUGUET, M. (2001). “La contraurbanización: un debate metodológico y conceptual sobre la dinámica de las áreas metropolitanas”. *Papeles de Población* 7, 30. Disponible en línea: <https://www.ub.edu/geocrit/sn-97.htm> [30/11/2023].
- BADAL, M. (2018). *Vidas a la intemperie. Nostalgias y prejuicios sobre el mundo campesino*. Logroño: Pepitas de Calabaza.
- BARNLEY, P. ET PAILLET, P. (1978). *Les néo-artisans*. Paris: Vivre / Stock.
- BAUMAN, Z. (2017). *Retrotopía*. Barcelona: Paidós.
- BECERRA MAYOR, D. (2015). *La Guerra Civil como moda literaria*. Madrid: Clave Intelectual.
- BERBEL, R. (2022). “Nuevas direcciones para la estética ecológica en la literatura española neorrural (2013-2020)”. *Kamchatka. Revista de Análisis Cultural* 19, 297-316. Disponible en línea: <https://doi.org/10.7203/KAM.19.21748> [30/11/2023].
- BONVALOT, A. L. (2019). “Nuevas territorialidades y ontologías políticas en la ficción española post-15M: horizontes estéticos y antropológicos de la literatura

- indignada”. En *España después del 15M*, J. Cagiao, J. Conde e I. Touton (eds.), 193-202. Madrid: Libros de la Catarata.
- BOURDIEAU, P. (1995). *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona: Anagrama.
- BURILLO CUADRADO, P. Y BURILLO MOZOTA, F. (2021). “Despoblación y demotanasia”. *Patrimonio Cultural de España* 12, 233-249. Disponible en línea: https://www.libreria.culturaydeporte.gob.es/libro/paisaje-cultural_5360/ [30/11/2023].
- CALVO CARRILLA, J. L. (2022). “La novela idilio como una de las tendencias narrativas de hoy”. En *La alargada sombra de Delibes sobre la España vacía: de la novela rural al neorruralismo del siglo XXI*, T. Gómez Trueba (ed.), 67-82. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- CANO, J. A. (2023). “Romantización y pesimismo: la ola del cine ‘neorrural’ en España”. *Cine con Ñ*, 10 de mayo, s. p. Disponible en línea: <https://cineconn.es/cine-neorrural-espanol/> [30/11/2023].
- CEDILLO, J. (2016): “La alianza del hombre y la tierra, germen de una nueva literatura”. *El Español*, 29 de agosto, s. p. Disponible en línea: https://www.elespanol.com/el-cultural/letras/20160829/alianza-hombre-tierra-germen-nueva-literatura-rural/151485817_0.html [30/11/2023].
- CHAMPEAU, G. (2019). “La novela neorrural actual. Entre distopía y retro-utopía”. *Hispanismes. Revue de la Société des Hispanistes Français* 11, 1-16. Disponible en línea: <https://doi.org/10.4000/hispanismes.2185> [30/11/2023].
- CHEVALIER, M. (1981). “Les phénomènes néoruraux”. *L'Espace Géographique* 1, 33-49. Disponible en línea: https://www.persee.fr/doc/spgeo_0046-2497_1981_num_10_1_3603 [30/11/2023].
- COLOMER, Á. (2014). “La literatura vuelve al campo”. *La Vanguardia*, 19 de agosto, s. p. Disponible en línea: <https://www.lavanguardia.com/cultura/20140820/54413196729/literatura-campo.html> [30/11/2023].
- DÍEZ COBO, R. M. (2017). “Páramos humanos: retóricas del espacio vacío en *La lluvia amarilla* de Julio Llamazares y en la novela neorrural española”. *Siglo XXI: Literatura y Cultura Wspanolas* 15, 13-25. Disponible en línea: <https://doi.org/10.24197/sxxi.15.2017.13-25> [30/11/2023].
- _____. (2022). “Revelando la dignidad humana en lo rural: *Las inviernas*, de Cristina Sánchez-Andrade, y *O que arde*, de Oliver Laxe”. En *La alargada sombra de Delibes sobre la España vacía: de la novela rural al neorruralismo del siglo XXI*, T. Gómez Trueba (ed.), 119-138. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- DOCE, J. (2005). “Poesía española hoy: de la arbitrariedad a la domesticación”. En *Poesía hispánica contemporánea. Ensayos y poemas*, A. Sánchez Robayna y J. Doce (eds.), 285-308. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

- ENTRENA-DURÁN, F. (2012). “La ruralidad en España: de la mitificación conservadora al neorruralismo”. *Cuadernos de Desarrollo Rural* 9, 69, 39-65. Disponible en línea: <https://doi.org/10.11144/Javeriana.cdr9-69.remc> [30/11/2023].
- FRAILE, P. (2018). *Las ventajas de la vida en el campo*. Barcelona: Caballo de Troya.
- GARCIA, F. (1977). “Pouvoirs en souffrance: nérraux et collectivités rurales du Pays de Sault Oriental”. *Études Rurales* 65, 101-108. Disponible en línea: https://www.persee.fr/doc/rural_0014-2182_1977_num_65_1_2192 [30/11/2023].
- GAVIRIA LABARTA, M. (1973). “El desarrollo regional contra la sociedad rural. El neorruralismo como modo de vida”. *Revista de Estudios Agrosociales* 84, 49-67. Disponible en línea: https://www.mapa.gob.es/app/publicaciones/art_datos.asp?articuloid=1069&codrevista=REEAP [30/11/2023].
- GÓMEZ TRUEBA, T. (2020). “Castilla glocal: pulsiones desmitificadoras en la última narrativa neorrural”. En *Relato de viajes y novelas: literatura actual en Castilla y León I*, N. Álvarez Méndez (ed.), 123-138. Burgos: Instituto Castellano y Leonés de la Lengua.
- ____ (2022a). “Desmontando algunos mitos en torno al neorruralismo y la novela”. En *La alargada sombra de Delibes sobre la España vacía: de la novela rural al neorruralismo del siglo XXI*, T. Gómez Trueba (ed.), 7-21. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- ____ (2022b). *La alargada sombra de Delibes sobre la España vacía. De la novela rural al neorruralismo del siglo XXI*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- HERVIEU, B. ET LEGER, D. (1983). *Des communautés pour les temps difficiles: néo-rurayx ou nouveaux moines*. Paris: Le Centurion.
- HUERTAS MORALES, A. (2015). *La Edad Media contemporánea. Estudio de la novela española de tema medieval (1990-2012)*. Vigo: Academia del Hispanismo.
- LÓPEZ ANDRADA, A. (2017). *El viento derruido. La España rural que se desvanece*. Córdoba: Almuzara.
- MESA, S. (2020). *Un amor*. Barcelona: Anagrama.
- MOLINO, S. DEL (2016). *La España vacía. Viaje por un país que nunca fue*. Madrid: Turner.
- MORA, V. L. (2018). “Líneas de fuga neorrurales de la literatura española contemporánea”. *Tropelías. Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada* 4 (extra), 198-221. Disponible en línea: https://doi.org/10.26754/ojs_tropelias/tropelias.201843071 [30/11/2023].
- MORILLO RODRÍGUEZ, M. J. Y PABLOS RAMÍREZ, J. C. DE (2016). “La autenticidad neorrural a la luz de *El sistema de los objetos* de Baudrillard”. *Reis. Revista Española de Investigaciones Sociológicas* 153, 95-110. Disponible en línea: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=99746725006> [30/11/2023].

- MOYANO ARELLANO, C. (2022). “Entre el artificio y el compromiso: la novela neorrural española actual”. En *La alargada sombra de Delibes sobre la España vacía: de la novela rural al neorruralismo del siglo XXI*, T. Gómez Trueba (ed.), 83-95. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- NOGUÉ I FONT, J. (1988). “El fenómeno neorrural”. *Agricultura y Sociedad* 47, 145-175. Disponible en línea: https://www.mapa.gob.es/app/publicaciones/art_datos_art.asp?articuloid=1429&codrevista=AyS [30/11/2023].
- ÓNEGA, S. (2023). *Las hijas de la criada*. Barcelona: Planeta.
- RODRÍGUEZ-GAONA, M. (2019). *La lira de las masas. Internet y la crisis de la ciudad letrada. Una aproximación a la poesía de los nativos digitales*. Málaga: Páginas de Espuma.
- SÁEZ, C. (2013): “Confesiones de los neorrurales”. *La Vanguardia*, 30 de agosto, s. p. Disponible en línea: <https://www.lavanguardia.com/estilos-de-vida/20130830/54379855425/confesiones-de-los-neorrurales.html> [30/11/2023].
- SANCHO, J. (2013). “El neorruralismo, un fenómeno revitalizador en los pueblos”. *La Vanguardia*, 26 de mayo, s. p. Disponible en línea: <https://w.lavanguardia.com/vida/20130526/54373716224/fenomeno-neorrural-campo-ciudad.html> [30/11/2023].
- VINING, D. R. & STRAUSS, A. A. (1977): “A Demonstration that the Current Deconcentration of Population in the United States Is a Clean Break with the Past”. *Environment and Planning* 9, 751-758. Disponible en línea: <https://doi.org/10.1068/a090751> [30/11/2023].
- ZIZEK, S. (2002). *Bienvenidos al desierto de lo real*. Madrid: Akal.



This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International (CC BY-NC-ND).

Fecha de recepción: 15/01/2024

Fecha de aceptación: 28/05/2024